Miércoles, 15 de agosto 2012

El espectro de la derrota militar

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2012/08/the-specter-of-military-defeat.html

He llegado a pensar que el mayor obstáculo para la comprensión clara de la situación actual es la insistencia en olvidar la historia, en pensar que el pasado no tiene nada que enseñar al presente. Se podría pensar que después de la reciente inflación de burbujas especulativas, la frase "*es que ahora es diferente*" habría sido merecidamente arrumbada en el limbo de lo innecesario, después de invocarse casi hasta la muerte por los promotores de las burbujas de las punto.com y los promotores de la burbuja inmobiliaria.

No tuve esa suerte; aquellos de mis lectores que siguen los comentarios sobre estos ensayos se han dado cuenta de la frecuencia con que se acostumbra a emplear el mismo mantra por aquellos que insisten en que el futuro debe obedecer a las fantasías de las modernas exigencias de la cultura industrial. Progreso y apocalipsis, BAU o colapso instantáneo, son los Tweedledee y Tweedledum de la imaginación moderna, y el mero hecho de que la historia no funciona así es del todo irrelevante para afirmar que la sociedad industrial moderna es mucho más —y coloque aquí el adjetivo que prefiera— que cualquier sociedad del pasado, y por lo tanto es perfectamente justificable olvidarse de la historia y adoptar en su lugar el recalentado mito religioso de su elección. El hecho de que idéntico argumento (*"esta vez es diferente"*) se utilice para a reforzar los argumentos de ambas alternativas no hace sino aumentar la ironía.

Menciono esto aquí porque el asunto que vamos a explorar en las próximas semanas tiende a atraer la insistencia en que "ahora es diferente" como una rata muerta atrae las moscas. Tengo la intención de hablar sobre el papel de los militares de Estados Unidos en la caída del imperio americano, y la sugerencia que me propongo ofrecer es que uno de los muy posibles desencadenantes del colapso imperial estadounidense es sufrir una dramática derrota militar. No estoy sugiriendo que una experiencia así tenga que ocurrir a pesar del inmenso poder de la maquinaria militar estadounidense de hoy; lo que estoy sugiriendo que es casi seguro que ocurrirá debido a la gran preponderancia del poderío militar de los EE.UU..

Ya he comentado que nada parece tan permanente como un imperio al borde de su colapso final, lo mismo que nada parece tan invulnerable como un ejército en la víspera de su derrota total. Esa es una buena regla empírica, pero es aún más importante tenerla en cuenta al pensar en los asuntos militares. La historia de la guerra está llena de casos en los que el bando más poderoso, las alianzas más fuertes, los militares con más avanzada tecnología fueron aplastados por un rival técnicamente débil. Ese resultado inesperado puede producirse de muchas maneras diferentes, pero todos ellos son función de algo muy simple y de hecho rara vez recordado: el poder militar nunca es una variable única, sin otras complicaciones.

Se pueden citar innumerables ejemplos, pero el que me gustaría traer a colación aquí ha sido analizado con detalle por Robert Drews en su libro de 1993 "El fin de la Edad del Bronce: Cambios en la guerra y la catástrofe del 1200 aC (*End of the Bronze Age: Changes in Warfare and the Catastrophe of c. 1200 B.C.*)" Confío en mis lectores perdonarán la larga introducción en lo que, para la mayoría, es un rincón desconocido del pasado. Los que conocen poco y se preocupan aún menos por de la Edad de Bronce tardía deben leerla de todos modos; una vez que lleguemos más allá de los detalles exóticos, la historia puede empezar a parecernos extrañamente familiar.

El Mediterráneo oriental en el siglo XIII antes de Cristo estaba en el cénit o muy cerca de la vanguardia de la complejidad tecnológica del momento, lo que, inevitablemente, se reflejaba en el campo de la guerra. Anteriormente, las batallas solían librarse por masivas líneas de infantería utilizando lanzas, pero el surgimiento de un nuevo conjunto de tecnologías —carros de caballos, y nuevos y poderosos arcos— revolucionaron la guerra, permitiendo que ejércitos relativamente pequeños con gran movilidad y tropas mecanizadas pudieran rodear a los anticuados ejércitos de infantería y acercarse a ellos a corta

distancia para aplicar su letal poder de fuego. Si usted desea llamar a ese tipo de guerra como "blitzkrieg o guerra relámpago", no se equivocará mucho.

Los carros, para los estándares de la época, eran una tecnología compleja y costosa, que requería personal altamente capacitado en el frente y grandes y costosos sistemas de organización en la retaguardia (algo que siempre necesitan las tecnologías militares complejas y costosas). Las superpotencias de la época, Egipto, Asiria, y el Imperio Hitita, dedicaron una parte sustancial de sus presupuestos a la adquisición de carros y a sus costes relacionados, y eran capaces de disponer de miles de carros en las grandes batallas; las naciones más pequeñas, la mayoría de ellas estados satélite de las tres grandes, tenían sus propios ejércitos de carros aunque mucho más modestos. Dado que un ejército relativamente pequeño de carros podría derrotar a una fuerza mucho más grande de lanceros, la mayoría de los reinos no se molestaron en tener más infantería de la necesaria para tomar los muros de las fortalezas y unas suntuosas compañías de honores, de carácter más bien estético y protocolario en la corte real.

Era una sociedad estable, rica y tecnológicamente avanzada que en unas pocas décadas alrededor del 1.200 aC, estalló en ruinas. La capital hitita fue saqueada, su imperio se derrumbó, y los hititas desaparecieron para siempre de la historia como pueblo independiente. Las ciudades-estado, desde la Grecia micénica y las del litoral Mediterráneo Oriental hasta las fronteras de Egipto fueron saqueadas, quemadas y abandonadas. Los documentos que se conservan hablan de barcos desconocidos que aparecían repentinamente frente a la costa, y se conservan las súplicas frenéticas de ayuda militar a los aliados. Por último, en 1179 aC, los asaltantes aparecen triunfalmente en la historia como "los Pueblos del Mar", (que es el nombre que los egipcios usaron para ellos) lanzado un asalto total contra el propio imperio de Egipto.

Drews mostró que los invencibles asaltantes traían consigo un conjunto de nuevas tácticas y tecnología militar que neutralizaron los ejércitos de carros de una manera eficiente. Su arma principal era la jabalina. Los ejércitos de carros dependían de la movilidad y de la capacidad de maniobra en orden cerrado; los ataques en enjambre de una infantería ligera, que podría subirse en los propios carros usando jabalinas para herir, dañar, matar y hacer entrar en pánico a los caballos de los carros, anularon la capacidad de maniobra que los había hecho invencibles. Combine eso con naves rápidas que salían de la nada para atacar las costas y lograr la aniquilación de los ejércitos enviados para detenerlos, el rápido saqueo y quema de cada ciudad antes de desaparecer de nuevo, y usted tiene la receta para una revolución de la táctica militar.

¿Y Egipto? Egipto sobrevivió y triunfó, de una manera totalmente egipcia. Era la más antigua de las superpotencias de la época, y la más conservadora; tenía un ejército de carros modernos, pero también mantenía la base de conocimientos y la infraestructura necesarias para organizar y utilizar un antiguo ejército masivo de infantería armado con lanzas y escudos. Eso es lo que Ramsés III y sus generales hicieron, abandonaron sus carros para volver a una forma más antigua y más resilente de guerra. Así la gente del mar se estrelló frente a un enemigo que no tenía ninguno de los puntos débiles de los que dependía el triunfo de sus tácticas. En las batallas entre los Pueblos del Mar y Egipto contaban más los números absolutos, y Egipto seguía teniendo un enorme ejército; los Pueblos del Mar fueron rechazados, y sus sobrevivientes se dispersaron por los rincones más lejanos del mundo mediterráneo.

Hubo muchos otros factores que alimentaron la larga y amarga era de tinieblas que siguió a las invasiones de los Pueblos del Mar, pero vamos a concentrarnos por el momento en la dimensión militar. Egipto y el Imperio Hitita eran prácticamente iguales en términos militares; la gran batalla librada en Cades en 1275 aC terminó en una retirada de los Egipcios, pero las fuerzas contendientes eran de tamaño y eficacia similar. La coalición de hordas de bárbaros que los egipcios llamaban los Pueblos del Mar era inmensamente inferior en términos militares convencionales a cualquiera de los grandes ejércitos: no tenían carros, no tenían caballos, ni arcos compuestos, y sus presupuestos militares eran diminutos comparados con los de las grandes potencias de la época. Por otra parte, el armamento utilizado por los Pueblos del Mar era radicalmente más simple que el de las superpotencias, casi vergonzosamente primitivo comparado con la compleja tecnología necesaria para la guerra de carros. Pero eso no impidió que ardiese el imperio hitita ni que representase una gran amenaza para Egipto, que sólo un golpe de genio militar pudo anular a tiempo.

La gran lección de este pedacito de historia antigua es que el poder militar es siempre contextual. Un poder abrumador que puede ser útil en un contexto puede suponer una debilidad letal en otro, y el cambio de un contexto a otro puede tener lugar sin previo aviso. Así que nunca se puede asegurar que sólo porque una nación tenga un mayor presupuesto militar, o una tecnología militar mucho más avanzada que otras naciones tenga por fuerza el necesario poder militar para ganar la guerra. De hecho, si la primera nación tienen una clara ventaja en tropas y armamento, pero los dioses dieron cerebro a la segunda, la primera nación es muy posible que sea arrollada en la guerra.

Veamos otro ejemplo, uno que ya he citado más de una vez: el del Imperio Británico en las vísperas de su desmembramiento. En 1900, la política oficial de los militares británicos era que podría enfrentarse y vencer simultáneamente a las dos mayores potencias del mundo. Ese compromiso condujo un programa muy costoso de armamento naval, respaldado por la investigación y el rápido desarrollo del más poderoso acorazado del mundo en 1906, el entonces recién encargado HMS Dreadnought. Eso y millones de libras gastadas en otros proyectos hizo de Gran Bretaña la potencia militar más fuerte del mundo en el momento Sin embargo, este navío estaba irremediablemente obsoleto cuando estalló la Gran Guerra en 1914.

El problema, como se mencionó anteriormente, era que la mayor parte de ese gasto descomunal se dedicó a proyectos que apenas valían para nada cuando finalmente llegó la guerra. La gran flota naval de Gran Bretaña pasó la mayor parte de la guerra amarrrada en puerto, esperando a que la muy inferior marina de guerra alemana saliera a combatir; cuando ésta finalmente lo hizo, el resultado fue la batalla en tablas de Jutlandia, después de lo cual ambas flotas volvieron a puerto para pasar el resto de la guerra. Si sólo una fracción de ese dineral se hubiera gastado en el desarrollo de la guerra antisubmarina, por ejemplo, o en eliminar del ejército británico las nociones decimonónicas de estrategia y táctica milita podría haber tenido un impacto significativo en la guerra, pero los acorazados eran un dogma central del concepto británico de la guerra, y el dinero se gastó en construir acorazados.

Es más, después de acabar la Primera Guerra Mundial y mientras se gestaba la Segunda, el ejército británico seguía obsesionado con el mismo tipo de pensamiento. Mientras que las potencias emergentes como Japón y Estados Unidos emplearon sus recursos en portaaviones y sentaron las bases para el futuro de la guerra naval, la Gran Bretaña desdeñó la aviación naval y confió de nuevo su defensa a los acorazados. Sólo la casi total ausencia de imaginación estratégica en la Kriegsmarine, la marina de guerra de la Alemania nazi, evitó la catástrofe. Si la Alemania nazi hubiera prestado atención a su aliado japonés, y hubiera construido medios de transporte para unas pocas docenas de aviones antes de la guerra, y los hubiera utilizado para llevar a cabo raids al estilo Pearl Harbor en la primavera de 1940, Gran Bretaña habría quedado lista para una invasión por el Canal de la Mancha tras la caída de Francia. Así fueron las cosas en otras partes: la mayor parte de la fuerza naval británica del Pacífico fue atacada y muy eficientemente destruida por aviones japoneses a principios de la guerra.

Los carros y los acorazados son simplemente dos ejemplos de un tema trillado en la historia militar: cualquier tecnología militar que se convierte en imprescindible para el desarrollo de la guerra atrae partidarios, un amplio grupo que incluye a los funcionarios que han hecho sus carreras al socaire de esa tecnología, los intereses corporativos que han hecho dinero con esa tecnología, y a cualquier otra persona que tenga un interés económico o personal en la tecnología. Esos secuaces defenderán su tecnología preferida frente a la competencia, al menos hasta que una derrota militar haga inevitable su abandono. Un palanca que tales grupos ejercen habitualmente es presentar solamente un escenario militar favorable, en el que se supone que el enemigo siempre hará la guerra de modo que ponga en evidencia las fortalezas de la tecnología preferida, y nunca explotará sus debilidades.

Por lo que yo sé, la antigua literatura escrita por antiguos comandantes de carros egipcios, criadores de caballos, o fabricantes de arcos para glorificar la guerra de carros para el público egipcio no ha sobrevivido, pero hay una amplísima oferta de libros y artículos de prensa británicos entre 1875 y la Segunda Guerra Mundial, glorificando los invencibles acorazados de la Royal Navy como eje inevitable de la victoria británica. Toda esta literatura fue producida para reforzar la construcción y el mantenimiento de un montón de barcos de guerra, lo que dio gran preeminencia a los oficiales de la marina, ingenieros navales, y a todo el mundo cuya carrera dependiese de la existencia de una enorme flota de guerra. El hecho de que toda esta inversión en buques de guerra fuera una espectacular pérdida

de dinero o que en realidad podría haberse empleado mucho mejor en otras causas, no se registró por escrito hasta que fue demasiado tarde para salvar el Imperio Británico.

Si mis lectores tienen alguna duda sobre si el mismo tipo de literatura se produce actualmente (financiado por los secuaces del Pentágono y los fabricantes de las armas más populares de hoy en día), les animamos a visitar la biblioteca pública más cercana y echa un vistazo a la basura de Tom Clancy de 1999 "Portaaviones. Una Visita guiada de un portaaviones*, Carrier: A Guided Tour of an Aircraft Carrier*"). Es un folleto promocional de 348 páginas para la pieza más sofisticada de la tecnología militar jamás construida, un portaaviones nuclear moderno, que actualmente ocupa el mismo papel en el ejército de los Estados Unidos de que tenía el acorazado en el de la Gran Bretaña Imperial. Usted no puede esperar un análisis sustantivo de las fortalezas y debilidades de esta tecnología enormemente cara, ni de la estrategia militar global o del conjunto de tácticas que controlan su contexto; le repito que eso es un folleto promocional de ventas, destinado a vender portaaviones o, más precisamente, a continuar con la financiación de portaaviones a esa parte del pueblo estadounidense que se preocupa lo suficiente de los asuntos militares como para escribir una carta ocasional a su congresista.

El escenario militar inevitable viene en el último capítulo, donde Clancy demuestra de manera concluyente que si una nación del Tercer Mundo desesperadamente superada en armamento y recursos tuviera la ocurrencia de lanzar un ataque naval convencional contra un grupo de portaaviones de los Estados Unidos, el grupo de portaaviones probablemente será capaz de hallar la manera ganar. Sería una obra maestra de comedia involuntaria, si no fuera por la sombra amenazante de todos aquellos libros anteriores, que cantaban alabanzas a viejas tecnologías militares, cuyas muchas ventajas no bastaron para inclinar el resultado o incluso para sobrevivir a la siguiente guerra. Los portaaviones no son tampoco el único tipo de armamento popular que de momento se beneficia de este tipo de alabanza acrítica; el ejército estadounidense está plagado de ellos, y por lo tanto tiene una serie de vulnerabilidades potencialmente mortales que descansan en parte en las debilidades no mencionadas de esas tecnologías, y en parte en una serie de cambios inminentes en el contexto de una acción militar que se derivan de los puntos que hemos discutido aquí muchas veces ya.

Para resumir con antelación los puntos que espero hacer en las próximas semanas, el ejército estadounidense se enfrenta al menos a tres amenazas existenciales en las décadas inmediatas. La primera es que las potencias emergentes serán capaces de idear maneras de someter la barroca complejidad de la máquina militar de Estados Unidos, dejando la máquina semi-paralizada y vulnerable como los carros hititas ante las jabalinas de los Pueblos del Mar. La segunda es que una revolución en los asuntos militares dejará todo el imponente arsenal militar de Estados Unidos tan fuera de lugar como los acorazados británicos al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La tercera es que la disminución de los suministros de combustible fósil hará que sea imposible que los Estados Unidos puedan mantener una forma de guerra que, reducida a sus términos más simples, consiste en quemar más petróleo que el enemigo. Hablaremos de la primera de estas posibilidades la próxima semana.